



INFORME: El año Quijote

# El Quijote, la política y los lectores

*Juan Carlos Arce*

El Boletín Oficial del Estado publicó el pasado año un Real Decreto por el que se creaba la Comisión para conmemorar el IV centenario de la publicación del Quijote. Número arriba, número abajo, la comisión se compone de noventa y cuatro personas, sin contar a los Reyes, que son presidentes de honor. Noventa y cuatro personas pueden parecer muchas a primera vista, pero no son tantas si se compara con la población mundial. O yo me equivoco o existen recientes estudios que señalan que noventa y cuatro miembros es el número idóneo para cualquier comisión que quiera operar con agilidad y eficacia. Es cierto que sólo en saludos habrán de invertirse no menos de dos horas, aunque también es verdad que el tiempo gastado en estas cortesías siempre puede recuperarse a la hora de aportar ideas o bien hablando muy rápido.

Sesenta de esas personas son políticos. Los sesenta políticos son sesenta ciertamente. Sin embargo, el decreto dice que "personalidades de reconocido prestigio en el mundo de la cultura" serán quince en el Pleno y ocho en la Comisión Ejecutiva "como máximo". Se prevé, por tanto, que pueden ser menos. Seguramente, la cifra exacta de expertos en el Quijote se haya ajustado luego, cuando se conoció con certeza el precio del catering y si quedaban mesas auxiliares. No hay duda de que la proporción entre políticos y gente de la cultura es correcta. Porque yo me imagino que si fuera al revés, habría muchas dificultades para encontrar una veintena de "personalidades de reconocido prestigio" en el mundo de la política.

En realidad, ni siquiera hacen falta quince ni ocho ni ninguna personalidad de la cultura. Si se ha hecho así es porque, al final, lo único que se esperaba de un experto son quince o veinte minutos de chispeante monólogo y unas declaraciones a la prensa, lo que habrá dejado al resto de la comisión en libertad de pasar la tarde en casa. Hay un solo dato que me inquieta. El decreto señala que no percibirán ninguna retribu-

ción por sus trabajos. Los políticos tampoco. Eso me hace sospechar que los políticos vienen cobrando ya cuatro veces más de lo que se merecen, en lugar del doble, como todos pensábamos.

Pero, finalmente, el Quijote se ha convertido en uno de los libros más vendidos. Parece una buena noticia y sin duda lo es. Cabe preguntarse si había tanta gente que no lo había comprado todavía. No hablo ya de leerlo, que será una actitud personal e íntima que tendrán que vencer muchas personas para quienes leer sigue siendo aburrido y muy poco interesante. Esa actitud surge siempre cuando se leen libros malos. Leer libros malos —y hay muchísimos— puede hacer que los lectores enloquezcan, como enloqueció Don Quijote. Porque leer sin criterio enloquecía ya en 1605. Si Cervantes fuera la base de nuestro gusto literario, sabríamos distinguir con claridad qué merece ser leído y qué es puro relleno en el mundo literario. Pero en España, los clásicos son muchas veces silenciados, considerados antiguos, desfasados, lejanos y remotos. Muchos lectores y escritores de la moderna literatura de consumo no han transitado por los clásicos, que han venido considerándose como referencias trasnochadas, invocaciones a una literatura muy de otro tiempo. El gusto por los clásicos está en el origen de cualquier literatura que se asome a la innovación o a cierta vanguardia, por tímida que sea. Leer a los clásicos es imprescindible.

El Quijote se ha vendido mucho. Y eso es bueno. Pero para que se lea, no basta que se ponga de moda o que se realicen campañas de estímulo a la población. Aún recuerdo a aquel alto responsable de la cultura que un día me dijo: "La gente no lee el Quijote porque todo el mundo tiene la sensación de haberlo leído ya. Es la única figura literaria que reconoceríamos por la calle". Todos creemos conocerlo ya. Por eso, a pesar de las ventas, casi nadie lo lee. ■